

Prólogo a *Carmen* de Pedro Castera por Vicente Riva Palacio¹

La ciencia derriba al corazón del trono del sentimiento. Localiza los pensamientos en las circunvoluciones del cerebro, y las grandes pasiones y los más tiernos afectos se convierten, a la luz de los progresos de la fisiología, en resultados casi matemáticos de la disposición del organismo.

La semilla sembrada por Darwin germina y se desarrolla; el talento y las virtudes son el resultado de la selección y las transformaciones progresivas, hacen a las razas nobles y a los hombres grandes. La humanidad va teniendo que conformarse con recibir la herencia de las grandes dotes intelectuales y morales, como la aristocracia de la sangre el escudo acuartelado de sus mayores, o la aristocracia de la riqueza las henchidas cajas o los títulos de las rentas: y una verdad desgarradora tiene que brotar de los labios del hombre pensador. ¡También hay desheredados forzosos del pensamiento, también hay plebeyos obligados a la virtud!

Entonces el desaliento, quizá la desesperación, deben tocar con su mano fría a aquellos desgraciados que no cuentan entre sus ascendientes, ni a los príncipes de la inteligencia ni a los grandes banqueros del heroísmo. La familia que no ha venido acumulando las riquezas del espíritu, tendrá por víctima expiatoria a sus descendientes, víctima sin esperanza de redención, porque en la vida social, el mendigo de hoy puede ser el millonario de mañana, el hijo de una esclava puede ser un emperador romano, el niño que cuida una piara de cerdos puede ocupar el solio del Vaticano; pero cuando la ciencia dice que un hombre de genio no puede

¹ Texto tomado de *Carmen. Memorias de un corazón*. México: Abadiano, 1887.

brotar como una centella de una familia vulgar, todas las esperanzas de redención están perdidas, y el sol de la ciencia disipa, como el de la mañana, las nieblas de la llanura, todo ese rico cuadro de ilusiones con que el padre y la madre adornan la cuna del recién nacido. ¡Tristes resultados del saber!

En cambio, la poesía y la literatura luchan y luchan con éxito, por conservar entre los hombres esas ilusiones fantásticas que endulzan las amargas horas de la existencia y nos brindan siempre un día espléndido y sereno, en medio de la noche más oscura y tempestuosa.

Todo eso de que hablan los poetas, todos esos cuadros de sentimentalismo y de grandeza que retratan los novelistas, todos esos colores con que se revisten las cosas del mundo, todo ese encanto con que se presenta el porvenir, ¿todo eso es mentira?

Créanlo los hombres de la ciencia y sea ello cierto: todas son mentiras, queremos confesarlo. ¡Y qué! ¿No producen todas estas dulces mentiras, más consuelo, más tranquilidad, más esperanza a esa humanidad desgraciada y doliente, que camina a oscuras en un sendero bordado de abrojos y cruzado por terribles precipicios? ¿Llevará a un hogar un consuelo, un lenitivo, un rayo de felicidad, el libro frío de la ciencia, para quien no la conoce y producirá allí mismo el efecto de una noticia desastrosa, la entrada de una de esas leyendas en que se pintan las luchas del amor o el triunfo de un sentimiento noble?

Carmen, la novela de Pedro Castera, ha nacido al vivificante calor de ese noble deseo de alentar al hombre que lucha, a la mujer que siente, a la familia que sufre. No es el corazón la entraña encargada de dar el movimiento a la sangre, lo que en el pecho de los protagonistas de ese romance; los personajes se sienten dueños de sí y de su porvenir; entre las amarguras de la vida, entre la lucha terrible de encontradas pasiones, la humanidad ve en cada individuo, no al personaje de Esquilo que lleva la marcha inflexible que le marca una deidad ciega, sino a un ser que armado de su inteligencia atraviesa la ruda prueba con entereza, buscando su perfeccionamiento en el crisol de los dolores.

Los hombres de la ciencia quizá pensarán que es haber perdido el tiempo haber escrito esta novela, los hombres pensadores sa-

brán apreciar ese trabajo como un consuelo más a la humanidad. La caridad que alivia la pena con la palabra dulce es tan grande y tan noble, como la que derrama el oro en las manos del indigente.

El que muestra al viajero perdido en un bosque el camino de la ciudad, es tan digno de gratitud, como el que sienta a su mesa a ese mismo viajero rendido por la fatiga. Yo he tenido siempre la convicción que los sentimientos de los hombres se forman en la niñez con la lectura de estas novelas, que les hacen ver al través del prisma de su inocencia, siempre triunfante la virtud y siempre odioso el vicio. Yo he creído que la delicadeza de los sentimientos en la mujer civilizada, se debe en su mayor parte a la lectura de esas novelas, en las que los hombres pintan a la mujer como ellos quieren que sea, como ellos la conciben en medio de las ilusiones de su amor o del ardiente deseo de verla perfecta.

Carmen viene a aumentar con honra el número de esos monumentos, en que constantemente están trabajando los poetas. Su aparición es saludada como la de un viajero a quien se espera. El autor se presenta entre los obreros de la cultura del sentimiento moral, resuelto a tomar su parte en el trabajo y en la lucha.

Carmen pertenece en su género a la novela sentimental, y la novela sentimental, como las vestales romanas, es la sacerdotisa que conserva el fuego de los nobles sentimientos, del amor caballeresco y de los tiernos goces del hogar y de la virtud. ¡Ay de la humanidad el día en que esta clase de escritos desaparecieran de la literatura!

El día en que los poetas no canten más que los combates o los triunfos del saber, el día en que los literatos sólo se ocupen de la ciencia o de la política, ese día que afortunadamente no ha de llegar, la sociedad se convertirá en un taller, en una academia, en una cátedra, en un cuartel o en un claustro; pero los destinos de la humanidad serán entonces más tristes que una tarde nublada. Felizmente no hemos llegado a ese punto: todavía brilla el astro del sentimentalismo que alumbra el fondo oscuro de existencias muy desgraciadas; todavía podemos estrechar alegremente la mano de Pedro Castera, después de haber leído la última página de su preciosa novela.